

Querido G.

Decía Voltaire que el médico es aquel hombre que entretiene la enfermedad hasta que la naturaleza resuelve el problema. Y bien, heme aquí a la espera de que esa madrastra ponga en su sitio un cálculo que no es aritmético sino químico. Unos pocos miligramos de oxalato cálcico bastan para derribar eso que pomposamente llaman algunos espíritu. Pero ¿la música está en el violinista o en las cuerdas del violín? Y si yo no soy más que materia ¿quién se duele en mí siendo yo materia insensible? Dejemos un asunto tan grave.

Te he hablado de salud. O sea, de salvación. Si algo me desagrade de la salvación cristiana es su individualismo casi egoísta. Y si Dios me ofreciese ir con los benditos del Padre yo solo, yo le contestaría: “si no vienen conmigo mis padres, mis hermanos, mis amigos, todos aquellos a los que quiero ... pues prefiero acompañarlos en las calderas de Pedro Botero”. Todos o ninguno.

Pablo Galindo Arlés

14 de octubre de 2024

Querido G.

Yo procuro, aunque no siempre lo consigo, quedarme de los últimos en el concurso de duelos y quebrantos acerca de la escasez de dinero. Siendo de naturaleza orgullosa, me parece una vergüenza y deshonra mostrar los bolsillos vacíos. Mi madre decía que a nadie le importaba si uno come sopas de agua en su casa. Yo, que tengo más cultura literaria, diría que me parezco al hidalgo aquel del Lazarillo: me pongo migajas de pan en la barba para dar a entrever que tengo el estómago lleno. Y hablando de don dinero, ese poderoso caballero que dijo el famoso cojo, yo he formulado una ley económica que si el mundo fuera justo me valdría ganar el premio Nobel. Podría expresarla así: “en materia de impuestos, a mayor renta mayores decibelios de protesta”.

Sí, los ricos también lloran, sobre todo cuando la señora Hacienda les da un pellizco al pan con mantequilla y frambuesa.

Querido G.

Franklin expresaba sus ideas con el suavizante “me parece”, “en mi opinión”, etc. De esa manera el debate se hacía menos agrio, las certezas se diluían en humildes porciones de verdad y los argumentos no eran picudas armas de combate para ser arrojadas sobre el adversario político. El problema de la vida pública en España es que las ideologías nos llevan a la “odiología”. Si un enemigo atacase España el gobierno y la oposición se enfrentarían sobre si se debe usar más la marina y menos la aviación o bien más la aviación y menos la marina.

Ambos, por razones evidentes, tenemos la misma experiencia como votantes que nuestro común amigo, el cual pertenece a una generación anterior. Pues bien, en casi medio siglo de experiencia he sacado dos conclusiones: una, la solución a los problemas la tiene siempre la oposición de turno; otra, no puede resolver los problemas porque no está en el gobierno.

Querido G.

Yerras si piensas que puedo encasillarme en la manada de los estúpidos anticlericales. Ahora bien, no existiría un anticlericalismo – el prefijo lo señala – si no hubiese habido previamente un clericalismo. Dejemos esto.

Me agrada la Iglesia cuando va junta de la mano con los defensores de los derechos humanos: Helder Cámara, Casaldáliga, monseñor Romero, etc. Y hasta te confieso que rezar el rosario puede ser tan benéfico para el alma como recitar los versos del poema del Mío Cid. Después de todo, poetas y creyentes no hacemos mal a nadie. La inquisición no ha sido sino una patología de la religión cuyas primeras víctimas han sido los religiosos. Recuérdese al arzobispo Carranza.

Nuestro amigo común es bastante inteligente para deslindar el dogma de la historia eclesiástica. Claro está, no hasta el punto de decir con el modernista Loisy: “Jesús predicó el evangelio, luego vino la Iglesia”. A servirle de coraza, naturalmente. El intelectual católico tiene un doble compartimento estanco: acepta con la fe ciega aquello que rechazaría con la razón.

Te emplazo para otra carta.

Querido G.

A menudo confronto mis ideas socialdemócratas con el pensamiento conservador de nuestro amigo J.J. Bueno, son éstas cosas de tejas abajo. Sin embargo, contengo la brida para no disparar bajo la línea de flotación de sus creencias religiosas. Quien no puede arrojar un flotador de salvavidas tampoco debe hundir una fe sincera, ni siquiera la de carbonero.

Él cree en el Emanuel, el Dios con nosotros, la encarnación divina. A esa fe ha sacrificado la paternidad y los honores mundanos en la universidad. ¿Quién soy yo para decirle que los reyes magos, y papa Noel, no existen?

Pero esta afirmación no es arbitraria, hecha a humo de pajas por quien se cree estar en posesión de un secreto. Para probarlo me basta ya no un botón sino el hilo de coser ese botón. El evangelio dice que la sagrada familia vuelve de Jerusalén tras la fiesta. En el camino se forman dos grupos: uno, adelantado, donde van los más rápidos (entre ellos, sin duda, la jovencita, casi adolescente, María); en el segundo caminan los más lentos (probablemente el ya maduro José). María piensa que el niño Jesús va con José; José piensa que éste va con María. Cuando se juntan descubren que Jesús ha

desaparecido y vuelven tras sus pasos para encontrarlo. ¿Hay algo más razonable? Lo encuentran en el Templo discutiendo con los doctores de la Ley. Flavio Josefo escribe que esto era habitual en niños piadosos y sabihondillos. María le dice a Jesús: “¿cómo has hecho esto? ¿no sabías que nos has tenido preocupados?”. Y entonces Jesús responde: “¿no sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” Y aquí viene la madre del cordero cuando el evangelio nos dice: “pero ellos no entendieron lo que decía”. ¡Cómo! ¿Y dónde queda aquello de la Anunciación, del “ángel del Señor anunció a María”? ¿Y el ángel que le dice a José que no repudie a su mujer, pues no ha concebido de la manera que no te debo explicar, sino por obra y gracia del Espíritu santo? ¡“Pero ellos no entendieron lo que decía”! Pues bien, si esa frase es un añadido (una morcilla, vamos), por el punto de una media se hace una carrera. ¿Qué es falso y qué es verdad? Podemos admitir los milagros, pero no la incoherencia. Un intelectual católico no admitiría tal error en un libro profano.

Siento que esta carta haya sido un poco larga.

Querido G.

Como tú eres entendido en estadística, y yo algo sé de humanidades, podríamos hacer juntos alguna tarea común que nos diese a ambos fama imperecedera en la historia de la humanidad. Así, por ejemplo, calcular la proporción de elogios e insultos en una determinada época. Sin duda, entre los escritores prevalecerían los denuestos a sus colegas. En el Madrid del siglo XVII había demasiados gallos para tan pequeño corral. El escritor es vanidoso y, así como el terreno dado a la bicicleta se lo quita al coche, las alabanzas hacia alguien se toman como agravios hacia uno. “Dime contra quién hablas bien”, decía Unamuno.

Yo no quiero afirmar que los hombres de ciencia no se hagan la peineta. Ahora bien, los improperios se ciñen el cinto a revistas de escasa difusión. Vamos, que vienen a ser como bombetas infantiles comparadas a una mascletá mayúscula. ¿A quién le importaba en su tiempo la disputa entre Newton y Leibniz sobre el cálculo infinitesimal?

A nadie.

Querido G.

Tú te quejas, y con mucha razón, de que cierto lingüista – nada malo en su dominio – meta osadamente sus narices en el huerto ajeno de la matemática. El especialista siempre mira con desdén, sonrisa burlona o incluso rabia sin disimular, al aficionado que salta nuestro cercado. Ortega reclamaba el derecho a ser el espontáneo que se mete en el ruedo ante el estupor del público. Yo, que me perdone el filósofo, no creo que dicho proceder sea bueno para la tauromaquia. Y, sin embargo...

A veces el profano, con su mirada ingenua, puede hacer ver al profesional lo que estaba ante sus ojos sin haberlo visto antes. Claro está, el entendido debe ser el vigilante de la playa para no ahogarnos en la frívola ignorancia. Ahora bien, el error puede llevarnos también a la verdad. ¡Que se lo digan a Colón queriendo ir a las Indias! Renan le escribía a Strauss que, si no hubiesen ortodoxos, ellos, heterodoxos, no existirían. A la vista está que no pretendo decir que el intelectual salte como liebre desde la biología a la poesía y de ésta a la egiptología. A cada uno lo suyo, zapatero a tus suelas y odontólogo a tus muelas. Pero incluso la Iglesia nos dice que cualquier persona, si hace



falta, puede bautizar. Son precisos muchos obreros para la viña del conocimiento.